

Tristes por diseño: las redes sociales como ideología

federico.e.fernandez@gmail.com

por **Federico Fernández**
Universidad Nacional de Mar del Plata (Argentina)

Geert LOVINK. *Tristes por diseño: Las redes sociales como ideología*, Bilbao, Editorial Consonni, 2019, 253 páginas.

"Teenage angst has paid off well. Now I'm bored and old."

Kurt Cobain

En la década de los 70, Gilles Deleuze y Félix Guattari describen una ciudad del futuro en donde cada sujeto puede moverse por su departamento, su barrio, su trabajo, sus bares y bibliotecas gracias a una tarjeta electrónica individual. Estas tarjetas no solamente identifican a los sujetos, sino que al mismo tiempo los sitúan y posicionan en lugares específicos. Los autores llamaron a estas ciudades sociedades de control. Hoy, los *smartphones*, los perfiles de *Instagram* y de *Google* no se alejan demasiado de esta fábula teórica. Geert Lovink realiza una lectura crítica acerca de la actualidad de las redes sociales y traza un panorama poco esperanzador. Los diez ensayos que componen esta obra recorren un ambiente tecnológico que altera la realidad cotidiana de cada uno de nosotros. En *Tristes por diseño...*, podemos leer que los sujetos parecemos *replicar*, a partir de fotos de perfil, historias de *Instagram* y perfiles de *Tinder* o *Grindr*, un modo de vida signado por la artificialidad. Realizado este diagnóstico Lovink busca actantes claves, recorre modos de representar al sujeto y lo real, ahonda acerca de los intereses que coexisten con la popularización de la hiperconectividad; e historiza las nuevas formas de violencia y control constitutivas de las *redes*. A su vez, pone en discusión a los *memes*, las *selfies*, los algoritmos y las *plataformas* solapándolos con discursos artísticos, teorías críticas y culturas populares. Es ante todo más una propuesta política contra el neoliberalismo del siglo XXI

que una mera descripción del papel de las nuevas tecnologías en el mundo contemporáneo.

Los ensayos de Lovink logran poner en la superficie aquellos discursos políticos que operan en el diseño de las plataformas. Por consiguiente, las redes sociales se nos presentan como evidentes, se nos aparecen como la única posibilidad de comunicación y de socialización. Lo que se da en estas situaciones no es otra cosa que relaciones de subordinación y de dominación en donde los sujetos no solamente procesan toda una cantidad de datos de los que son despojados, sino que, en simultáneo, son constantemente monitoreados.

Este libro se enmarca en un contexto donde los discursos y textos ligados a la meritocracia y la cultura *start up* cobran alta relevancia. La empresa emergente nacida en el *garage* californiano que luego se transforma en un gigante tecnológico comenzó a signar la ficción del sueño americano de manera categórica. La irreverencia de Lovink se presenta para desencantar esta ficción. Es por eso que *Tristes por diseño...* también problematiza acerca del auge de los llamados populismos de derecha y la *alt right* en gran parte del mundo y su relación con la popularización de las redes sociales como percepción principal de la vida cotidiana.

En otro de sus ensayos, Lovink traza un recorrido genealógico de los listados y los ordenamientos en relación con las máquinas. Ordenar, clasificar y recopilar no son axiomas que surgieron con *La Big Data* y los algoritmos. El autor detecta que estas tendencias a taxonomizar e individualizar fueron tácticas llevadas a cabo por el nazismo gracias al diseño de bases de datos. Así, en una sociedad con un desarrollo tecnológico como la actual, en donde la mayor parte de la información pasa por unos pocos canales; los dispositivos de control y de ejercicio del poder han mutado a formas mucho más sofisticadas. Desde una perspectiva foucaultiana, Lovink abandona la idea de pensar que el poder solo está en manos de instituciones administrativas como el gobierno, las corporaciones, la policía o el ejército. E insiste en que su ejercicio se performa antes que nada en espacios cotidianos que parecen ser independientes de cualquier implicación política pero que no lo son. Estos espacios son las redes sociales.

Resulta entonces que el diseño de estos dispositivos no es neutral: sino que lo que se intenta construir son espacios de homogeneización de prácticas y consumos. Somos conscientes de que pretendemos reproducir el estilo de vida de los famosos; consumimos sus productos, hablamos su lengua; sabemos que le damos acceso a nuestra privacidad a las grandes corporaciones y sin embargo las redes sociales se volvieron el elemento constitutivo de nuestras relaciones. Escándalos informáticos como los de Facebook o Cambridge Analytica no parecen haber modificado esta dinámica. En palabras de Slavoj Žižek, lo que parece intervenir en este fenómeno es el cinismo como forma ideológica: sabemos muy bien lo que hacemos, pero aún así, lo seguimos haciendo.

La consecuencia directa de este problema ideológico no es otra que el agotamiento y la angustia del yo. En Lovink, la tristeza ya no está ligada al sentimiento melancólico del romanticismo alemán que suponía una reflexión profunda y creativa. Al contrario, la tristeza surge en el momento en que el sujeto se agota del mundo *on-line*; luego de vivenciar una experiencia vincular gestada por una máquina y no por un *otro humano*. Para el autor, este sentimiento de vacío que supone el uso de las redes mutila la creatividad del yo. Ya que, luego de lo agotador que resulta navegar por un collage saturado de *historias, selfies, memes, twits y likes* no viene una reflexión problemática sino una búsqueda por un entretenimiento efímero. Se entrama entonces una lógica perversa en donde el uso de las redes se transforma en una frustrante satisfacción. Así, la tristeza tecnológica parece estar atrapada en el perpetuo ahora.

En el siglo XXI, el esteticismo de los medios tecnológicos culmina no necesariamente en la guerra, pero sí en un desmantelamiento de la psique y el sujeto. Esta desarticulación se da en la superficie; es decir en las vivencias cotidianas que experimentamos en primera persona. Lovink ahonda en los problemas de las nuevas formas de autorrepresentación en la era de las plataformas digitales. De este modo, *Tristes por diseño...* redacta cómo la *selfie* se perpetúa a la manera de una construcción esquematizada de *uno mismo* que exige una reactualización constante. Las sonrisas, las muecas, las expresiones faciales se convierten así en mercancías. El estadio del espejo lacaniano se derrumba: el cuerpo se fragmenta y pareciera no haber diferencias entre el yo

y los otros. La persona se desdibuja y las representaciones estéticas del yo se replican. Así, esta construcción artificial (siempre mediada por discursos hegemónicos) de un sujeto en goce permanente irremediablemente se consume en la emergencia de un yo angustiado.

Lovink llama a dismantelar este *shock* que supone la experiencia tecnológica del presente perpetuo. Es decir, un presente signado por relaciones entre los sujetos que se manifiestan como precarias, efímeras y contingentes. Una vez reveladas las características perversas del diseño tecnológico surgen las preguntas: ¿Será a través de un grito desencantado catalizado por la propia angustia, el que impugne las formas naturalizadas de violencia, discriminación y mercantilización de la vida cotidiana, que se quiebren y redefinan por completo las tecnologías a favor de la emancipación del sujeto? ¿O la problematización política de las redes terminará siendo, acaso, otro ladrillo en la pared que perpetúe la construcción de individuos *Replicantes* y mutile las posibilidades de ser sujetos? Al estilo de Walter Benjamin, *Tristes por diseño...* propone una politización de las redes. No suspendiendo sus usos o a través de la denuncia conspirativa, sino dismantelando las lógicas que signan su componente ideológico. Esto requiere destruir los monopolios, controvertir las tendencias individualistas subrepticias de estas corporaciones, resignificar los *memes* como signos políticos de contenido vacío, romper los algoritmos, anonimizar los perfiles, proponer otros modos de representar. Estas aparecen como tareas para una praxis política de las redes sociales. Tareas primordiales, pero no suficientes.

Por lo tanto, promover una vanguardia artística que recupere las experiencias compartidas, que re-organice nuevas redes en donde los discursos y las prácticas no sean fijados previamente por algoritmos empresariales, se vuelve fundamental. Más precisamente, Lovink promueve la construcción de *Comunes*: espacios en donde se promueva la participación de distintas facciones y la discusión. Espacios que no operan necesariamente bajo una lógica habermasiana ligada al consenso, sino signados por la alteridad, el conflicto y la contradicción. Se describe como una infraestructura que es accesible al público y está puesta en manos comunes. De este modo, la propuesta política del autor atenta contra la privatización y el monopolio productos de un sistema neoliberal

que moldea y normaliza los discursos. *Tristes por diseño...* es una propuesta por otros modos de comunicarnos y de construir lo *real*.